

tucional de Hamilton-Fuentealba, la definió como un intento «que anularía las conquistas alcanzadas en el campo del área social de la economía» y que «detrás de esta actitud apunta inclusive la amenaza de destituir al Presidente de la República. No me inquieta, no me inquieta en lo personal este hecho. Me preocupa porque es mi obligación defender la Constitución». Y agregó: «Lo único que me inquieta es que se barrerán las bases de la constitucionalidad chilena, que se quiere cambiar el juego y que se quiere, por lo tanto, precipitar a este país a una lucha muy dura y muy profunda». Para enseguida señalar sus «obligaciones» como Presidente, cuya enumeración desconcertó a los trabajadores que lo escuchaban:

«Es mi obligación, y la voy a cumplir, defender los preceptos constitucionales.

»Es mi obligación evitar el enfrentamiento.

»Es mi obligación rechazar toda violencia, física, económica y social.

»Es mi obligación impedir que haya un baño de sangre en Chile.

»Es mi obligación defender las conquistas de los trabajadores y la Revolución chilena.»

Pero ocurre que, cotidianamente, para los trabajadores que escuchaban a Allende, la idea de «defender los preceptos constitucionales» era una traba para ellos mismos, para su organización naciente, para impedir el sabotaje, los atentados, el mercado negro, la especulación y el abuso de los monopolistas que, a través de sus bandas fascistas adiestradas por personal de las Fuerzas Armadas, hacían día a día contra todo el aparato económico de la nación. Y los jueces, el Parlamento, la letra de las leyes y los «preceptos constitucionales» servían para defender a los saboteadores y entorpecer la labor de vigilancia y aumento de la producción de los trabajadores.

Avanzar o no avanzar

Mientras por un lado el presidente Allende decía en sus discursos que el pueblo debía organizarse en Juntas de Abastecimientos y Precios, Consejos Comunales Campesinos, Comités de Producción, Comités de Vigilancia de la Producción, etc., para «defender la Revolución»; por otro, los trabajadores veían como, a través del control de esos organismos por parte de las

directivas políticas de los partidos de la Unidad Popular, se transformaban en organizaciones para paralizar la movilización de las masas, para impedirles que se prepararan para el verdadero enfrentamiento que se veía venir: el pueblo con las Fuerzas Armadas de la burguesía y del imperialismo.

En el seno del Gobierno, había una discusión profunda al respecto. El ministro de Economía, Pedro Vuskovic (independiente de izquierda hasta ese momento, y miembro del partido socialista a partir de 1973), planteaba, como lo escribiera más tarde en un documento publicado por «Revista de la Universidad Técnica del Estado», que el meollo de las dificultades estaba «en todo lo que significa el carácter de clase del Estado burgués, dentro de cuyas características todavía vigentes han venido encauzándose las nuevas realizaciones. Toda su estructura, incluso su reflejo en el marco jurídico y hasta en la organización del aparato administrativo, se había configurado para atender a los intereses del capitalismo y la dependencia, preservar el dominio monopólico y excluir cualquier forma de acceso y participación de los trabajadores. Con ello chocan las nuevas exigencias, esterilizando gran parte de los esfuerzos y agudizando una contradicción que *sólo podrá resolverse mediante la sustitución de ese Estado burgués por la construcción de un Estado de otro carácter, de un Estado Popular*; la participación de los trabajadores en la gestión de las empresas del área social, a través de su presencia decisoria en los Consejos de Administración y otros mecanismos; las formas recién iniciadas de extensión de esa presencia a los diferentes niveles de decisión administrativa; las formas todavía en germen de su control sobre el área privada; la organización de los trabajadores y el pueblo en las Juntas de Abastecimientos y Precios, para ejercer un mayor control sobre el proceso de distribución; los organismos comunales, los «cordones industriales» y muchas otras iniciativas, algunas de ellas multiplicadas en la respuesta de los trabajadores a la ofensiva reaccionaria de octubre; todas ellas constituyen otras tantas manifestaciones en esa dirección, que corresponde *profundizar y ampliar urgentemente, tanto para asegurar el carácter del proceso revolucionario como para asegurar los problemas inmediatos*».

Vuskovic planteaba (y con él una minoría de las directivas del partido socialista y el MAPU) que la única forma de impedir el colapso cuando la burguesía y el imperialismo recurrieran a «su reserva estratégica de dominio» (las Fuerzas Arma-

